

«Et quisquis ut voluit et potuit, notarios adhibens, etiam ea quæ dicebantur excepta descripsit.» Tan perfeccionada y en uso estaba entonces la taquígrafía, que San Agustín en sus controversias públicas con los herejes llevaba notarios que copiasen con fidelidad los discursos pronunciados, para preceverse contra la mala fé de los mismos herejes, que solian tergiversar y aun negar lo que habia acontecido. En una ocasion el arriano conde Pascencio rehusó tenazmente la asistencia de los notarios; San Agustín consintió, no sin prever lo que sucederia. Con efecto, vióse despues obligado, para restablecer la verdad, á reproducir en dos cartas al mismo Pascencio cuanto habian dicho en la conferencia. De este modo redactaron los notarios una controversia habida con los maniqueos y otra con uno de ellos llamado Félix: «Publice in Hipponensi Ecclesia, notariis excipientibus, disputavit, populo adstante.» Y á esta costumbre debemos la interesante acta de lo ocurrido cuando el mismo Santo Doctor en el templo y asamblea de los fieles designó á Heraclio como su sucesor en el obispado.

En su sermón del Salmo LI dijo que queria exponerle ámpliamente, para que sirviese de instruccion, no sólo á los presentes, sino tambien á los ausentes, puesto que habia quien copiaba lo que estaba diciendo: «Placuit fratribus non tantum aure et corde, sed et stilo excipienda quæ dicimus: ut non auditorem tantum sed et lectorem etiam cogitare debeamus.»

San Gregorio Nazianceno, en su oracion conocida de los literatos con el título de SU ADIOS Á CONSTANTINOPLA, menciona los punzones de los notarios que copiaban sus discursos.

Esta costumbre debió durar hasta los dias de San Bernardo, quien en dos cartas expresa que sus monjes solian copiar lo que les decia de viva voz: «Qui me coram audire loquentem scio stilo exceperunt et penes se retinent.»

Otros muchos pasajes encontramos en los sermones de los Santos Padres, que indudablemente debemos á los taquígrafos, porque sus autores no podian haberlos escrito, aun cuando hubiera tenido la costumbre de redactar lo que predicaban: tal es una digresion en que San Juan Crisóstomo reprendió á los fieles que se distraian con motivo de encender las luces al caer el dia: el anuncio que se lee al pié de un sermón de San Agustín,

advirtiéndolo á sus oyentes que al dia siguiente celebraria el aniversario de la consagracion del obispo Valerio, y la reprehension con que San Bernardo interrumpió un discurso, al percibir ciertos murmullos ocasionados por la refutacion que de ciertas palabras de Orígenes estaba haciendo.

Eran á veces tan exactos los taquígrafos, que en los discursos de los Santos Padres encontramos intercalados algunos accidentes: como en un sermón de San Agustín donde hay un paréntesis en que se dice: «aquí hubo aplausos:» «hic acclamaverunt;» y en otro de San Ambrosio leemos: «aquí el orador hizo una pausa:» «et cum paululum conticuisset...» etc.

Sucedia otras veces que los Santos Doctores deseaban tener escritos los sermones que habian predicado, y para esto recurrían á las notas de los taquígrafos. Se sabe que San Agustín revisó y ordenó sus ciento veinticuatro tratados sobre el Evangelio de San Juan, teniendo á la vista las copias que, al oírle, habian hecho los notarios; y por esto sin duda al copiar el Santo en el libro xv *De Trinitate* dos largos pasajes de su tratado XCIX, dice que aquello lo habia predicado de viva voz, y despues lo habia escrito: «Preferendo ad aures populi christiani diximus, dictumque concripsimus.» San Gregorio de Nisa compuso, á instancias de Olimpiada, una explicacion del *Cantar de los Cantares*, y para ello recogió las notas tomadas por los taquígrafos de las homilias que sobre aquel libro habia predicado en la última Cuaresma. Condescendiendo San Gregorio Magno con los piadosos deseos de muchos fieles, reunió en dos libros las homilias que habia predicado sobre el Profeta Ezequiel ocho años ántes; mas para esto hubo de buscar los apuntes que formaron los taquígrafos: «Ita ut coram populo loquebar exceptæ sunt... sed post annos octo, petentibus fratribus, notariorum schedas requirere studui, easque favente Domino.... emendavi.»

## LECCION XXXI.

### De la pronunciacion.

Bajo este nombre se comprende la prolacion de la palabra y la accion, ó sea el lenguaje oral y el de accion, que son los medios con que el orador trasmite sus pen-

samientos al auditorio. No sería perdido iniciar á los jóvenes en los profundos estudios metafísicos que San Agustín ha hecho de los sentidos del hombre; pero aunque útil para cuantos se dedican al estudio de la literatura y bellas artes, sería aquí demasiado prolijo; nos limitamos, pues, á consignar que el Santo Doctor da la preferencia, entre todos los sentidos, á la vista y al oído, porque sirven de internuncios al alma, y por ellos percibe los pensamientos, cuyo vehículo son la voz y el gesto. «En aquellos dos sentidos, dice, es donde se encuentran más vestigios de la razón del hombre, porque ellos son afectados por la palabra y por la acción, que son las cosas en que refleja más la inteligencia.»

La voz humana se convierte en palabra y el gesto en acción cuando expresan los pensamientos del hombre; así es que no hay palabra si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: «Nisi aliquid significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.»

Las letras son notas ó signos de la palabra, y aún pueden indicar la acción que corresponde á aquella; pero son unos signos muertos del pensamiento: este sólo aparece vivo y animado en la palabra y por la acción, dice San Jerónimo: de aquí la notable diferencia que existe entre la palabra pronunciada y la escrita: de una composición cuya lectura satisfaga á los inteligentes, puede asegurarse que tiene mucho mérito; al paso que otra cosa de ménos valor, agrada igualmente si es bien pronunciada. Hay en la voz viva un no sé qué de fuerza y de energía, nota el mismo San Jerónimo; y recuerda que como se leyese con aplauso el discurso de Demóstenes contra Eschines, exclamó este: ¡qué hubiera sido si hubiéseis oído pronunciarle! «suspiciens, ait, quid si... audissetis... sua verba resonantem.» San Agustín refiere que preguntado tres veces Demóstenes qué le parecía lo principal en la elocuencia, respondió siempre que la pronunciación. Convencido de esto mismo San Gregorio Magno, decía á sus fieles: «Observo que oís con poco gusto la lectura de los sermones que preparo, y que la debilidad de mi estómago me impide pronunciar; haré, pues, un esfuerzo, y os predicaré de viva voz.» «Quia colloquutionis vox corda torpentia plus quam sermo lectionis excitat.»

La pronunciación ó prolocución de la palabra debe ser natural; esta es la única regla que se puede dar, y ella

basta. El hombre no deja de serlo cuando predica, y sería irracional y hasta ridículo que pronunciara de distinta manera cuando predica que cuando habla: la única diferencia consiste en que la predicación exige una voz más fuerte y extensa, porque se habla á mayor número de personas. Si todos los hombres pronunciasen con naturalidad, nada tendríamos que añadir sobre este punto; pero como son muchos los que vician la pronunciación natural, es necesario advertir á los jóvenes que será buena si fuere CLARA, ADORNADA Y APTA.

San Agustín ha estudiado detenidamente el origen de las artes y ciencias, principiando por los primeros elementos, que son las letras ó caracteres escritos. Después de exponer la necesidad de la palabra para que los hombres vivieran en sociedad, explica la invención y objeto de las letras: atendiendo al modo con que se pronuncian, las divide en vocales, semivocales y mudas; nota la necesidad de separar las palabras entre sí, y la diversa cantidad prosódica de las sílabas. En esto se contiene parte de la gramática, de la cual, y en cuanto á la expresión, son un desarrollo la dialéctica, la elocuencia y la poesía, por cuya razón se decía antiguamente que de todas estas cosas era juez el gramático.

Observen los jóvenes la importancia del estudio de la gramática, de que ya hemos hablado en otra ocasión, y la necesidad de guardar rigurosamente todos sus preceptos. Sólo pronunciando todas las letras, haciendo las pausas necesarias y dando á cada sílaba la cantidad prosódica que le corresponde, será clara la pronunciación.

San Basilio, recomendando á un joven las reglas de la ortografía, le advierte que el menor descuido en esta parte vicia la oración, así como la diligencia del escritor la hace perfecta. «Pusillo errore multa vitiatur oratio; scriptoris autem diligentia perficitur sermo.»

San Agustín descende hasta observar la diferente significación de la sílaba OS, según se pronuncie breve ó larga. Y San Isidoro recomienda también que se guarde la cantidad de las sílabas, atendiendo con cuidado dónde concluye la frase, ó cláusula, ó el período. «In distinctionibus sententiarum intelligat ubi finiatur junctura, ubi adhuc pendent oratio, ubi sententia extrema claudatur: sicque expeditus vim pronuntiationis tenebit.» San Agustín, analizando como maestro algunos pasajes

elocuentes de la Escritura, observa cómo deben pronunciarse, y las pausas que deben hacerse.

La voz sonora es la más á propósito para el púlpito; «pero la sonoridad, dice San Ambrosio, es don de la naturaleza, y no se adquiere con la industria.» «Canoram autem esse naturæ, et non industriæ.» Mas cualquiera que sea el metal de la voz, con el estudio puede hacerse agradable. El mismo Santo y San Isidoro quieren que la voz sea simple, limpia y varonil; ni muy sumisa, ni excesivamente elevada: que no sea ruda ni agreste, pero tampoco afeminada, cómica ni afectada. La oración es el espejo donde refleja nuestra alma; que no haya, pues, en nuestra habla nada indecoroso. La modestia templá la voz, de manera que no hiera al oído. «Vocis sonum librat modestia, ne cujusquam offendat aurem vox fortior.» Esta moderación es más necesaria al empezar, pues con esto se concilian los ánimos de los oyentes. «Ut verecunda principia commendent processum.»

El acento provincial desagradá, sobre todo si difiere mucho: es difícil evitarle cuando se tiene desde la niñez, pero debe moderarsele cuanto sea posible. San Agustín decía de sí mismo que, á pesar de lo mucho que había trabajado para perfeccionarse en este y otros puntos, todavía le censuraban los italianos cierto dejo en la pronunciación. «Adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant.» «Y yo, á mi vez, continúa, tampoco encuentro su pronunciación libre de vicio; que una cosa es poseer el arte y otra estar exento de lo que es peculiar á cada pueblo.» «Aliud est enim esse arte, aliud gente securum.»

La pronunciación es apta cuando corresponde á las ideas y afectos que se quieren expresar. «Es la voz humana tan flexible, dice San Agustín, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos vocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad.» «Quorum nescio qua oculta familiaritate excitentur.» Para manejar acertadamente este delicado instrumento es necesario pensar y sentir bien; el orador poseído comunicará á su voz diversos matices, según lo que quiera expresar. Empleará diversos tonos, como recomienda San Isidoro, cuando enseñe ó se conduela, cuando increpe ó exhorte, etc. Una pronunciación monótona, no sólo desagradá, sino que tal vez dá á la frase un sentido contrario al suyo propio; preciso es, por lo mismo, grande estudio en cosa de tanto momento: «Neesse est

ergo in tantis rebus scientiæ ingenium, quo proprie singula, convenienterque pronuntientur.» En estas modulaciones consiste lo que se llama énfasis de la voz.

La acción debe acompañar á la pronunciación como su complemento, y alguna vez es más expresiva que las palabras. «Cuando quiero expresar lo que he concebido, decía San Agustín, tengo que servirme del hebreo, griego ó latin, según sea el idioma de mis oyentes; porque si me explicara en el que no les fuera conocido, no me entenderían. La ira no es griega, latina, ni hebrea; y si alguno dijere en latin que está airado, los que no posean esta lengua no le entenderán; pero todos conocerán su interior, si ven su semblante airado.» El mismo Santo llama á los gestos palabras visibles, «verba visibilia;» y San Ambrosio opina que los movimientos del cuerpo son la voz del alma: «Vox quædam est animi corporis motus.»

Describiendo San Agustín los últimos momentos de su conversión, dice: «Mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, expresaban, con más energía que mis palabras la lucha interior que desgarraba mi alma: «Plusque loquebantur... quam verba quæ probebam.»

La acción debe ser natural: «Motum natura informat.» dice San Ambrosio; y añade: «Motus sit purus ac simplex nihil enim fucatum placet.» Deduzcamos de la doctrina de San Ambrosio consecuencias prácticas.

El continente del orador en el púlpito ha de ser grave sin afectación; el cuerpo debe descansar á plomo sobre los piés; el derecho ha de estar más adelantado que el izquierdo, á no ser que el orador tenga que dirigirse hácia su izquierda, en cuyo caso el izquierdo es el que debe adelantarse; esta postura facilita mucho la naturalidad de los movimientos del orador.

La posición ordinaria de la cabeza debe ser recta, y con especialidad cuando se expresa la convicción, se exhorta ó se increpa; ha de volverse á un lado para significar la aversión hácia algún objeto; se elevará con modestia para dirigirse á Dios, á los Santos, al cielo, y en los movimientos de alegría ó admiración; se inclinará moderadamente hácia el auditorio, cuando se expresan sentimientos tristes ó compasivos, ó cuando se emplean las figuras obsecración ó abjuración.

El movimiento de los ojos es muy expresivo: «Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis.» dice San Bernar-

do. En el semblante, dice San Ambrosio, reflejan la alegría, la tristeza, la dulzura, la severidad, todos los afectos: «Signis forensibus internam exprimat voluntatem. Imago quædam animi loquitur in vultu.» Pero en los movimientos de ojos y semblante hay poco de deliberado, como observa San Agustín; influye más la naturaleza que la voluntad; aquí se verifica muy particularmente que quien piensa y siente bien, acciona bien.

De todos los gestos el más expresivo es el de los brazos y manos; es por lo mismo el que requiere mayor atención; cuando el ánimo está tranquilo, ó no hay acción, ó ha de ser muy moderada; así debe hacerse, por regla general, durante el exordio. Cuando un sentimiento grave y profundo absorbe nuestro espíritu, el cuerpo participa de la inmovilidad del alma, y entonces toda la expresión está en la fisonomía del orador.

La acción y la prolación de la palabra deben ser simultáneas; anteponer ó posponer la una á la otra es un contrasentido.

Ordinariamente no se acciona más que con la mano derecha; la izquierda descansa sobre el borde del púlpito, y en algunos casos sobre el pecho del orador; pocas son las veces que debe moverse simultáneamente con la derecha, y rarísimos los casos en que se mueve sola para indicar algún lugar ú objeto que se supone situado á la izquierda del orador, ó para significar sentimientos de aversión.

Las manos deben estar abiertas, los dedos extendidos con naturalidad, ni excesivamente separados, ni unidos con violencia.

En la exclamación y admiración se levantan las manos; se retiran del cuerpo para rechazar una idea, y se ponen sobre el corazón cuando se expresan sentimientos afectuosos, ó se aduce el testimonio de la conciencia: júntanse para expresar sentimientos de sumisión, adoración y dolor. En el primer caso, deben inclinarse hacia abajo; elevarse en el segundo, y en el último se han de sostener sin elevarlas ni inclinarlas.

Todos estos movimientos son naturales, como lo exige San Ambrosio: «Motum natura informet;» si acaso la naturaleza ha contraído algún vicio, es preciso enmendarle con cuidado y sin afectación: «Industria emendet ut ars desit, non desit correctio.»

Esta corrección es de sumo interés. Malo es no accio-

nar, porque este defecto priva de la mitad de la vida á la pronunciación; pero es peor accionar viciosamente, porque esto es un mal positivo, que confunde y desnaturaliza la pronunciación, poniendo en desacuerdo el lenguaje oral y el de acción, ambos necesarios para que la pronunciación sea expresiva y acertada.

Evítese una acción monótona y maquinal: jamás se levanten las manos más arriba de los ojos, ni se dejen caer más abajo de la cintura; golpear con una mano sobre otra ó sobre el borde del púlpito, es impropiedad reprehensible; no debe cerrarse la mano, ni doblar los dedos, ni jugar con ellos. Los brazos nunca han de abrirse en toda su extensión. Sería faltar á la gravedad del ministerio representar con exactitud todos los movimientos de los objetos de que se habla; nada artificioso: «Nihil fucatum,» dice San Ambrosio; y este proceder sería más reprehensible cuando se hablase de objetos repugnantes; si, por ejemplo, se pretendiera acompañar con movimientos correspondientes á los objetos la descripción del colérico hecha por San Basilio, y las que hicieron del ébrio el mismo Santo y San Ambrosio: la sana razón aconseja que no se expresen sin necesidad movimientos desordenados, y que cuando sea útil ó conveniente hablar de ellos, en vez de hacerla más viva con el lenguaje de acción, se atenúe la descripción del objeto repugnante: esto hacen en el trato social los hombres bien educados, y esto mismo debe observarse con mayor razón y más rigor en el púlpito, donde sería insoportable, dicen Santo Tomás y San Ambrosio, cualquiera indecente chocarrería.

Esta parte de la elocuencia, que trata de la pronunciación y de la acción, es la más útil; pero es igualmente la más difícil de escribirse, dice nuestro Granada. Y en verdad que no hay cosa más difícil que expresar en un libro muerto lo que esencialmente consiste en la vida y movimiento. El celo de los profesores, ejercitando á sus discípulos en la declamación, hará más que todas las lecciones especulativas.

También aprovechará á los jóvenes el estudio y la imitación de los predicadores notables por su acción natural y expresiva; y decimos adrede estudio é imitación, porque ésta no puede ser acertada si no se observa y estudia la natural relación que hay entre los movimientos y los pensamientos del que acciona con perfección: sin esto la pronunciación más admirable será viciosa y aun

ridícula en el imitador indiscreto, de quien podrá decirse lo que el Nazianceno de los que querían imitar á San Basilio en todos los pormenores de su vida pública y privada, y también de su pronunciación: «Estos tales, decía el Santo Doctor, no pueden llamarse ni aun ecos del gran Basilio, porque el eco repite siquiera los últimos acentos; mas ellos, imitando indiscretamente lo que en aquel grande hombre era natural y nada amanerado, no son más que una imagen sin vida, estatuas colocadas en mala luz.» «Ac multos jam Basilio specie tenus videre licet, statuas nimirum in umbris: multum enim fuerit si repetitam echus vocem esse dixerit. Nam illa quamvis postremam dumtaxat vocis partem, expressius tamen effingit: hi autem longius ab eo distant, quam quantum accedere concupiscunt.»

## LECCION XXXII.

Cualesquiera que sean las dificultades del estudio de la elocuencia, no excusan á los párrocos de la obligación de predicar.—Resumen y conclusion.

Los Santos Padres, como prácticos, han expresado lo laborioso de la predicación y los disgustos que la acompañan, y al mismo tiempo los motivos y consideraciones convenientes para soportar con ánimo alentado aquellos trabajos y para suavizar aquellas penas.

Ni dejaron de combatir los pretextos con que algunos se excusan de desempeñar este ministerio: pretextos que suelen reducirse á la falta de ciencia ó de tiempo; á la indiferencia ó tibieza de los fieles para oír la palabra divina; á su falta de aprovechamiento, ó espíritu de crítica; «y hay algunos también, dice San Gregorio Magno, que refusan la vida activa, y prefieren el estudio, el retiro, la meditación para obrar, dicen ellos, su santificación con una vida humilde y desconocida del mundo.» De grande enseñanza son para todos los eclesiásticos las reflexiones que sobre este punto han hecho los Doctores de la Iglesia. En otro lugar indicaremos dónde se encuentra tan provechosa doctrina.

Lo único en que ahora nos ocuparemos es en disipar el pretexto que de la lectura de estas lecciones pudieran tomar para abstenerse de la predicación los que á ella están obligados por rigurosa justicia, figurándose que la

multitud de reglas consignadas hacen imposible la elocuencia para cuantos carezcan de superior ciencia y de un talento privilegiado.

Cierto que llegar al último ápice de la elocuencia es árdua empresa, y así lo han reconocido los maestros de la antigüedad y San Juan Crisóstomo; «pero esta dificultad, añaden, lejos de ser motivo para desanimarse, debe ser un poderoso estímulo con que nos esforcemos para ir tan adelante como nos sea posible en este camino sin límite asignable.» «Cuando envías tu hijo á la escuela, dice el Crisóstomo, no te haces la ilusión de que ha de llegar al último ápice de la perfección; mas no por esto le retraes del estudio, sino que haces cuanto está de tu parte para que progrese, y te das por satisfecho si llega al quinto ó décimo grado de la elocuencia. «Nec tamen ideo ab hoc studio retrahis, sed omnia quæ penes te sunt præstas, satsique esse putas si ad quintum vel decimum, à primo eloquentiæ gradum, filius tuus pertingere possit.»

Mas no exageremos las dificultades: resumamos lo que en estas lecciones hemos señalado como esencialmente necesario para la elocuencia sagrada. Consiste ésta en transmitir al espíritu de los oyentes, por medio del lenguaje oral y de acción, nuestras ideas y nuestros sentimientos (1). El estudio y la meditación de la palabra divina escrita y tradicional fecundizan nuestra alma para que conciba ideas grandes y sentimientos vehementes. La virtud y fervor de la devoción dan á nuestras palabras vida y animación (2). Aquellos estudios bastan; aunque hay otros muchos que serán de grande provecho al que pueda hacerlos con discreción (3). En todas las acciones del hombre influye poderosamente la intención: si la del orador no es recta, su conducta se resentirá de este desorden (4). La misión del predicador es bien conocida; explicar la palabra de Dios, y no la doctrina de los hombres (5). La unidad es una de las leyes primordiales á que está sometido nuestro espíritu, y el predicador ha de meditar sobre sus pensamientos, para transmitirlos ordena-

- (1) Lecciones I, II, III y IV, páginas 9-17.
- (2) Lecciones V, VI y VII, páginas 19-25.
- (3) Lecciones VIII y IX, páginas 30-33.
- (4) Lec. X, pág. 39.
- (5) Lecciones XI y XII, páginas 45-51.